

# GACETA MÉDICO-VETERINARIA

## PERIÓDICO SEMANAL

consagrado á la propagación de los conocimientos de la Medicina Veterinaria  
y á la defensa de los derechos del profesorado español.

DIRECTOR, D. RAFAEL ESPEJO Y DEL ROSAL, LICENCIADO EN MEDICINA Y CIRUGÍA  
Y PROFESOR VETERINARIO DE PRIMERA CLASE.

### PRECIOS

Madrid, un mes una peseta.  
Provincias, un trimestre 3 pesetas.  
Ultramar, semestre 15 pesetas, oro.  
Extranjero, semestre 12 francos.  
Anuncios á precios convencionales.

### DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN,

CAVA ALTA, 9. PRAL. DER.

### MAJORATO.

### BASES.

Se publica los días 7, 14, 21 y 28 de cada mes.

Los señores suscriptores tienen el derecho de hacer consultas que la Redacción se obliga á contestar en las columnas del periódico.

AÑO II.

Viernes 21 de Marzo de 1879.

NUM. 39.

### PARTE EDITORIAL.

MADRID 21 DE MARZO DE 1879.

### LO QUE CONVIENE.

Cuando el autor de estas líneas era estudiante de Veterinaria, se daban en el tercer año de la carrera unas lecciones de bibliografía y de moral profesional altamente provechosas, y de muy saludables resultados, que no sabemos quién habrá influido para que se suprimiesen; pero que es el caso que se suprimieron con grave daño de los que siguen nuestra honrosa y maltratada profesión.

Es para nosotros indudable que un resto de pudor ó un arranque de hipocresía guiaron á los que consiguieron se suprimiesen las lecciones de moral veterinaria, pensando por este medio librarse del constante acusador que consigo llevaban por sus actos como profesores, acusador que aquellas lecciones habían

desenvuelto, semejando ese afán de suprimir lo que les estorbaba, al que arrojó el espejo porque le reproducía su deformidad física, y de quien dijo el poeta:

Arrojar la cara importa,  
que el espejo no hay por qué.

Desde este momento dejó de oír el alumno, de los autorizados labios de sus maestros, una serie de máximas y preceptos que, grabándose en la memoria y en su corazón, servíanle de guía para seguir la senda del bien, de la honradez y del respeto á sus compañeros, y apartarle de ciertos vicios profesionales, de determinadas malas artes á que algunos viven entregados, porque son espíritus pequeños, almas aviesas, corazones mezquinos, malaventidos con la noble franqueza, la confianza mutua y la protección fraternal que debiera existir entre los que viven del producto de un mismo trabajo y de los desvelos que les impone igual profesión.

Hay una moral eterna, única, verda-



dera, invariable, como su origen, que existirá interin el hombre habite este planeta; cuyos principios se hallan grabados con caractéres indelebles en el fondo del alma humana, y que, si la falta total de civilizacion, la ausencia de todo contacto con las sociedades cultas, y terribles vicios de educacion que en estas mismas sociedades existen y se propagan ardorosamente por malvados de repugnante estofa, oscurecen más ó menos, jamás se borran de ella por completo ni de una manera absoluta, como no desaparecen del espíritu las ideas de Dios, de su grandeza y de su poderío infinito, ya se dé cuenta cabal de ello á la manera del hombre civilizado, ya le relacione con las fieras de los bosques, las grandes aves que cruzan el espacio, los fenómenos físicos que hieren la imaginacion, ó los astros que nos envian su luz vivificante y protectora, como el salvaje de las selvas ó el estacionario hijo de las grandes regiones africanas y asiáticas, poco ó nada exploradas.

No es esta lamoral á que nos referimos, aunque le sirva de fundamento como á todas y á todo lo que con ella se relaciona, sino á los principios de equidad y de justicia, que son tan necesarios en el ejercicio de las profesiones científicas, y que deben inculcarse al alumno porque tienen un carácter de particularismo, de excepcional para cada una de aquellas, aunque existan principios comunes á todas, y de puramente profesional, que apenas si es posible que el estudiante elevado á la categoría de profesor se aperciba en los primeros momentos de sus sábias y prudentes máximas, debiendo temerse, por el contrario, que obedeciendo á ciertas vanidades disculpables en la mocedad y al ardor y la inexperiencia de los años juveniles, cometa errores de que ha de arrepentirse cuando vengan la calma de la edad y los sinsabores y amarguras de la vida

á ponerle de relieve sus faltas de otro tiempo, constituyendo así aquellos un torcedor para el resto de sus días, que pudo evitársele ó al menos proveerle de una serie de principios que de ellos le guardasen, si un afan tan ridículo como inoportuno de innovaciones y cambios injustificados, no hubiese suprimido unas lecciones, la necesidad de cuyo establecimiento se hace sentir más cada dia, porque los difíciles y agitados tiempos que alcanzamos aconsejan que se procure dotar al hombre de todos los elementos morales é intelectuales que la educacion y la instruccion pueden proporcionarle, para que atraviese con menos riesgos el áspero y difícil sendero de la vida.

Sin la supresion, que, para algunos espíritus inquietos, maleados y discolors, seria provechosa, de las lecciones de moral veterinaria, no hubiéramos asistido á esos espectáculos repugnantes y nauseabundos de alumnos revueltos contra sus profesores; de estudiantes que recorrian redacciones de periódicos y, con un orgullo satánico, hijo sólo de la ignorancia y de las malas pasiones no reprimidas por el suave freno de la moral, negaban á sus maestros, encanecidos en el estudio y en el árido trabajo que impone una profesion ingrata, conocimientos que ellos no han adquirido aún y tardarán muchos años en adquirir; de catedráticos que, olvidándose del alto concepto de su cargo y de los rígidos deberes que impone, parecen animar con su silencio, ya que no sea de otro modo, la indisciplina vergonzosa y las revueltas soeces y groseras; y de otra porcion de actos repugnantes que no enumeramos, porque se necesitaria más tiempo y espacio del que nos es dado invertir en este asunto.

Pero si la supresion de la asignatura de moral nada fecundo produce, y por el contrario, anima el desarrollo de las malas pasiones que viven y se agitan en

lo más recóndito del espíritu humano, y á las que hace falta oponer constantemente un dique que las contengan, en cambio se presta de una manera admirable á que, por ejemplo, un catedrático de carácter irascible, que puede haberlo, de índole aviesa, que es posible exista, y de ambición desapoderada, que sin duda los hay, malaventido con cuanto le rodea, despechado porque no vé satisfechas sus impacientes aspiraciones y herido en su necio orgullo, porque el mundo de los pensadores y de los hombres formales no hace caso de su hinchada persona y mira desdencioso los ridículos alardes de su estulta vanidad, y tiene consideraciones y respetos para otros que, siendo más aptos, dán pruebas de acatamiento y respeto al verdadero saber; es muy posible, decimos, que ese desdichado catedrático, convirtiendo el noble santuario de la ciencia en antro vergonzoso de sus pasiones bastardas, el sitial del profesor en tribuna de maledicencia y escándalo, y la que debía ser severa y tranquila enseñanza científica, en manifestación de ódios y rencores de los que sólo albergan los corazones pequeños, se revuelva contra aquellos de sus compañeros á quienes no puede atacar de otro modo, y ó bien desde la cumbre de su ignorancia le niegue suficiencia, ó desde la cúspide de su soberbia le declare inepto para el desempeño de ciertos cargos, proclamando audaz la doctrina de

Nosotros sólos somos los buenos, nosotros sólos ni más ni menos, porque no hay á su lado, en el salón inmediato al que ha servido para estas escenas, otro profesor que más digno, más prudente y más considerado, derrame generoso y bueno, en el alma en mal hora perturbada del pobre estudiante, las enseñanzas, los consuelos y las resignaciones saludables que vierten siempre en el fatigado espíritu del hombre

los eternos principios de la moral y la justicia, aplicables como son, y con las naturales ampliaciones, á todas las profesiones, á todos los cargos, á todos los oficios que el hombre ejerce en su paso por el mundo. No diremos en absoluto que ese catedrático que acabamos de retratar, exista; pero es posible que lo haya, y que, olvidado de sus deberes profesionales que no le recuerda diariamente la enseñanza de moral profesional que se ofrece junto á la cátedra que infama con su conducta, se lance más fácilmente por el camino de perdición que traza de ese modo á sus pobres alumnos.

Y luégo, ¡qué funesto ejemplo y qué doctrinas tan perniciosas para una clase desvalida como la nuestra, la de la falta de respetos mútuos que así ponen de relieve entre los que mañana han de ser profesores, vivir en contacto con todo el mundo y en íntima relación con sus compañeros!

Mal definidos y oscuros en su mente los principios eternos de moral que no se ha cuidado de desenvolver, porque otras atenciones embargaron su espíritu; sin noción alguna de esas reglas de moral profesional que tanto bien pueden producirle; sin freno para sus pasiones exaltadas por el verdor de los años, sale un joven de la escuela provisto de su título, vá á establecerse, y en un arranque de ambición que nada contiene y de orgullo que sería útil, si algo le refrenara, imaginase que el profesor que encuentra á su lado ó se halla en su camino, porque es modesto, porque ha aprendido en lecciones que hoy no se dan y en la ruda práctica de la vida á considerar y respetar á todos, es ignorante e indigno de desempeñar la honrada misión que noblemente ejerce; y olvidándose de que su experiencia y sus observaciones son un capital científico de que él carece todavía, le declara cruda guerra, le zahiere, le molesta y

procura desacreditarlo ante el público y ante su clientela, sin consideración á los servicios que ha prestado y á las privaciones y vigilias que se ha impuesto, dándose con esta lucha un tristísimo espectáculo, rebajando la alteza de la profesion y ofreciéndonos un cuadro angustioso que aflige el ánimo, y, si hubiera algo capaz de desilusionarnos, nos desilusionaria sobre el porvenir de nuestra honrosa profesion. Hay todavía, entre los veterinarios, un instinto del bien, de lo recto y de lo honrado, que los defiende contra esas invasiones de los que en nada tienen y acaso desdeñan la moral profesional; pero si siguen en las Escuelas olvidándose de que sus preceptos deben inculcarse en el alma del alumno, para que no incurra al dar sus primeros pasos en el mundo en errores que lo humillan y rebajan la clase á que pertenece; si no se restablece una enseñanza tan útil como necesaria, y todo se deja en manos de los trastornadores de la ciencia, sofistas de baja ley, que ni con mucho tienen el mérito de sus progenitores los de las Escuelas griegas, el porvenir no puede ménos de presentarse preñado de dificultades y peligros para la profesion.

Oyendo sábias y provechosas lecciones de moral profesional, sabria el alumno de hoy, profesor mañana, que si el de la medicina del hombre contrae altísimos deberes cuando ejerce su nobilísima profesion, y asume tremenda responsabilidad en el momento en que se aproxima á la cabecera del lecho de uno de sus semejantes enfermos, y emprende su lucha con la muerte para disputarle aquel ser en peligro, él tambien, el profesor veterinario, tiene gran responsabilidad ante Dios y ante su conciencia de hombre honrado, cuando se le á llama aplicar su ciencia á uno de esos animales útiles al hombre, y hasta á los que en el hogar sirven sólo de solaz y recreo.

Hay momentos, y esto no ha podido meditarlo el veterinario jóven, porque la vida es para él un libro cerrado, y nadie se lo ha dicho, en que la curacion de uno de esos animales que explota el hombre significa defender la subsistencia de una familia; representa, acaso en primer término, el pan de seres inaptos para el trabajo y casi desvalidos, como que aquella pobre bestia enferma ayuda poderosamente al que sobre si lleva la pesada carga de jefe de familia, á adquirir el sustento de todos, y en estos momentos es altamente moral, y de una moral profesional indudable, que el veterinario no omita esfuerzos ni desvelos para conseguir la curacion de aquel utilísimo enfermo, cuya muerte llevaria el luto á seres humanos que han de sentirla casi tanto como si se tratase de la de una persona querida, porque al cabo le deben la gratitud de que les ayuda á vivir, y no es posible se olviden de los servicios que les presta, aunque solo sea por un egoísmo muy racional y disculpable.

Supongamos por un momento que uno de esos profesores salidos de nuestra Escuela, siendo, sin que nadie le haya dicho una palabra de moral profesional, de carácter ligero y poco dado á la meditacion, cosa fácil y que en nada empece á sus buenas condiciones, se encarga, apenas establecido, de una de esas bestias enfermas cuyas circunstancias acabamos de enumerar; supongamos que por la misma ligereza de su carácter, y sin fijarse en el fondo de las cosas, no mide más que el valor real del enfermo que se le confia; supongamos que, aunque cumpla con su deber, en vista de que aparentemente no es tan grave el daño que la pérdida ocasiona por lo exiguo de su valor intrínscico, no emplea para defenderlo esos esfuerzos extraordinarios, ni se impone los sacrificios y desvelos que debiera imponerse, y supongamos que se le muere; que la ruina de la

pobre familia, de quien era un elemento de vida, se consuma, y que andando los tiempos ese profesor, ya experimentado, recuerda sus anteriores actos y cae en la cuenta de que quizás hubiese evitado una catástrofe, que no le preocupó al ocurrir; ¡qué amargura la suya, qué disgustos y sinsabores le proporciona aquel punzante recuerdo, y qué desencanto sobre la exactitud con que creía haber cumplido siempre los deberes de su cargo! Pero al mismo tiempo, ¡qué responsabilidad tan abrumadora para los que debieron apercibirlo contra estos escollos de sus primeros pasos en el ejercicio de su profesion, y acaso influyeron en que se suprimieran las lecciones que podrian servirle de norma!

Hay otro momento en que el veterinario jóven puede ser llamado para cuidar de uno de esos animalillos domésticos de insignificante valor intrínseco; y falto de experiencia, no se apercibe de que aquel pequeño irracional es posible sea en gran manera estimado por sus amos, y acaso represente para ellos el recuerdo vivo de algún ser querido alejado del hogar, ó perdido para siempre; y por no fijarse en esto ni dar importancia á la comision que se le confia, es méno activo, méno cuidadoso de lo que pudiera; y si se le muere, y un dia llega á presumir que pudo evitar un grave disgusto á los que en su ciencia y su buen deseo confiaron, ¡qué desesperacion y qué amargura la suya, tanto más terrible cuanto que es irremediable!

No queremos aventurar juicios de que no podamos responder seguramente; pero la snpresion de las lecciones de moral profesional es posible se deban á los que consideran estas cosas como vejezes ridículas, y por darse aires de sábios profundos dudan de Dios y de lo que de él emana, ó le niegan audazmente, olvidando que, segun Bacon, el verdadero saber approxima al Creador, y conforme

á Laplace su grandeza es tal, que el hombre de la ciencia ni aún nombrarlo puede sin verdadero asombro. Esos reformadores á la violeta que todo creen componerlo con su hueca palabrería, y piden puesto entre los sábios y los pensadores, hablando, sin conocerlo apénas, un lenguaje á menudo ridículo ó bárbaro, consideran la moral y sus manifestaciones en todas las esferas de la actividad humana asuntos de poca monta, porque son, en suma, groseros imitadores de aquellos otros que negaban á Dios y á las sublimes creencias que de él emanan, declarándole guerra por ser todo un pasado que no volvería, pero «que ha vuelto, dice un elocuente orador y escritor contemporáneo, porque esos esfuerzos son impotentes siempre ante la conciencia universal, protesta viva y energica que arranca del fondo del alma humana contra esos desvarios del espíritu filosófico en sus días de maldicion y de soberbia,» y «ha vuelto, añade, y volverá perpetuamente triunfante de los delirios del hombre, como demostracion perenne de la falibilidad de sus juicios y de la limitacion de nuestra inteligencia.»

#### COMUNICADO.

Mr. Director de la GACETA MEDICO-VETERINARIA.

Los incalificables hechos ocurridos en la Escuela de Veterinaria de esta corte en 7 de Enero último, hechos que se venian preparando y que anunciaron sucesos anteriores, no méno dignos de reprobacion y censura, debieron contristarnos, y nos contristaron, en efecto, porque somos profesores de esa ciencia, establecidos en Madrid, y nos duele cuanto tienda á rebajarla y hacer que un público poco conocedor y méno informado de las causas de esos escándalos, nos juzgue gente inulta, incapaz de comprender los deberes que la educacion

impone á hombres constituidos en sociedad, máxime si como nosotros ejercen ó pretenden ejercer una profesion honrada y honrosa.

Esperando medidas muy naturales en casos semejantes, no levantamos una solemne protesta contra tales excesos, protesta que fuese la manifestacion de nuestro asombro y el reflejo de nuestros sentimientos de dignidad profesional, y callamos porque creimos, con razon, que la justicia resplandeceria y que el profesorado, escarnecido por estudiantes que aspiran á un título y comienzan por rebajar su importancia y desconocer los sacrificios que otros se han impuesto para obtenerlo, tendria un público y solemne desagravio; pero al ver defraudadas nuestras legítimas esperanzas, y al constarnos, como nos consta, que continúan la agitacion y las malas artes, como consecuencia ineludible del alienito que á todo revoltoso concede la impunidad de sus anteriores excesos, situacion que conocemos á fondo por dependientes nuestros, alumnos de esa misma Escuela, creeríamos faltar á nuestros deberes, si no elevásemos nuestra voz ante el público, juez de todos, para protestar de la conducta reprobable, y hasta hoy irresponsable, de un grupo de estudiantes que mañana pretenderán ser nuestros compañeros, y que han de venir á nosotros con el estigma de alumnos levantiscos y poco cultos que se revolvieron contra sus maestros, desconociendo en ellos la respetabilidad que les conceden los años, la experiencia, el trabajo y los títulos profesionales, signo del saber y de una vida consagrada al estudio y la meditacion.

Los profesores veterinarios hemos salido comunmente de las más humildes clases sociales, y esta circunstancia ha hecho que, por lo general, no fuésemos hombres atildados ni de formas muy cortesanas; pero nuestra modestia, nues-

tro buen deseo, nuestra inquebrantable voluntad y la perseverancia con que no veniamos dedicando, primero al estudio, y luego á los penosos deberes de nuestra profesion, nos habian granjeado el respeto y las consideraciones de todas las gentes sensatas y honradas, sin distincion de clases, satisfaciendo así nuestras justas aspiraciones; quenada halaga tanto el legítimo orgullo del hombre, como elevarse en la consideracion pública, mediante sus propios esfuerzos.

Era necesario que viento maldito de discordia circulase por la Escuela de Veterinaria de Madrid, importado en ella no sabemos por quién, ni nos importa; era necesario que ingresaran, en sus ántes tranquilas aulas, alumnos que, si son muy cultos, no lo parecen, y si muy insituidos, no lo revelan, porque la cultura manda el respeto á todos y la supresion de escándalos que rebajan al que los provoca, y la instruccion es signo de tolerancia y ordena que se considere aun á aquellos con quienes no estamos conformes, para ser á nuestro turno considerados; y era necesario que algunos perdiessen hasta las últimas nociones de la buena educación y los posteriores recuerdos de la noble tradicion de la Escuela, modelo de sensatez y de templanza, para que el público se apercibiese de que ya no era, por desgracia, lo que siempre fué, y que podia considerársela dentro de las tristes condiciones que han hecho famosos por sus escándalos á otros establecimientos de enseñanza nacionales y extranjeros, que no queremos citar.

Profesores en la ciencia médico-veterinaria, orgullosos de ejercerla segun nuestro leal saber y entender, satisfechos de que llevamos en la medida de nuestras fuerzas los penosos deberes que nuestra carrera nos impone, venimos á la prensa á defender la profesion á que pertenecemos, de los ataques de que ha sido victima, que de ataques á la profesion.

sion pueden calificarse esos actos, no de extraños, sino de algunos de los que quieren ser mañana nuestros compañeros y que se les confien los elevados intereses de que nuestra clase es salvaguardia, y no lo pretenden por los nobilísimos medios del estudio, del trabajo y la modestia, sino por los repugnantes de la venalidad, de la revuelta, del barullo, como si necesitaran del escándalo para ser conocidos: venimos á probar que todavía hay veterinarios que recuerdan con placer la época en que nadie se preocupaba de la posibilidad de un tumulto entre los que seguían la carrera, porque también hemos sido estudiantes y sabemos que no siempre se conciben y efectúan por sus autores ostensibles; y venimos á protestar en nombre de nuestra clase agravuada, de nuestras tradiciones profesionales, desconocidas, y de nuestra templanza, olvidada por unos aspirantes á profesores, de esas lenidades incomprensibles y de esas contemplaciones inexplicables que con asombro vemos, porque no es cosa de que el mundo crea que todos los dedicados á la honrada profesión médico-veterinaria, somos cómplices, con el silencio al menos, de excesos que lamentamos y reprobamos, y que no han sido penados en vindicación justa de la clase humillada, y para que sirviese de saludable escarmiento á futuros estudiantes, de esos que se dejan malear por químéricas utopías y consejos perniciosos que denigran las más decorosas profesiones.

En reivindicación del buen nombre de la nuestra, acudiremos, si es necesario, al Gobierno de S. M., pidiendo reparación y justicia, para que en último término se deslinden los campos, nos conozcamos todos y se haga el debido apartamiento entre los que quieren elevarse por medios lícitos y honestos y los que pretenden crecer, á falta de otras razones, por los reprobados del motín, la asonada repug-

nante y la permanente agitación grosera; que si somos humildes y modestos, amamos con amor entrañable nuestra profesión, sentimos un noble orgullo por ejercerla y no queremos sea reducida por elementos maleantes á sentina de escándalos y patrimonio de los que manejan para logro de sus fines artes vedados y malas pasiones.

Rogamos á usted, señor Director, se sirva dar cabida en su periódico á las líneas que preceden, y nos repetimos con este motivo sus afectísimos compatriotas Q. B. S. M., Félix Llorente y Fernández.—José Cordero.—Antonio Fernández Tallon.—Vicente Fernández.—Roman Domínguez.—Hilarion Alvarez Fragoso.—Antonio Valdivielso.—Vicente Mora García.—Manuel Acedo.—Bráulio A. Bonilla.—Juan Onate.

Madrid 28 de Febrero de 1879.

## SECCION CIENTÍFICA.

### EL CARBUNCO EN LOS ANIMALES DOMÉSTICOS.

(Continuación.)

En 1858, á la preciosa importación de Mr. Montigny, cónsul de Francia en China, el sorgo azucarado, se le acusó de producir accidentes mortales en los animales que con él se alimentaban. La mayor parte de los accidentes que provocaron estas acusaciones, tuvieron lugar en el departamento de Eure-et-Loire, y el Comité agrícola de Chartres, deseoso de conocer la causa verdadera de estos accidentes, celebró un concurso señalando como tema esta cuestión: «Del cultivo y del empleo del sorgo azucarado, como planta forrajera.» Dos excelentes Memorias respondieron al llamamiento, una de Mr. Ronsille, hijo, cultivador de Villeau, y otra de Mr. Boutet, veterinario de Chartres. El trabajo de este último es un modelo de orden, de claridad y de sana crítica. Los dos autores llegaron, por lo demás, sin entenderse previamente, á una conclusión, la de que no es al sorgo azucarado a quien debían atribuirse los accidentes que han conmovido la agricultura,

sino al sorgo azucarado *enfermo*. Las observaciones que establecen este hecho se encierran todas en los términos mismos en que las expone Mr. Boutet, y nos bastaría citar una: «Mr. Doussineau, cultivador en Allones (Eure-et-Loire), tenía un campo de sorgo de vegetación lánguida, y se decidió a hacer que lo comieran de seguida sus carneros: estos animales pacen las yerbas extrañas y dejan intacto el sorgo. Dos ó tres días después se segó este, y al dia siguiente, 30 de Julio, á las once de la mañana se dió á las quince vacas del estable en una proporción que no excedía de dos kilogramos por cabeza.

Terminada la comida, á medio dia, de todas las vacas que habían comido su racion, doce de las quince, estaban enfermas, y las tres que no habían querido probarla, conservaban la salud. Siguiendo los síntomas observados en los animales, se vé que mueren dos y las otras se restablecen, y que las lesiones anatómicas, insuficientemente descritas, denotan sobre todo una alteración en la sangre.»

Los demás hechos son absolutamente semejantes al que precede, y pueden resumirse en estas palabras:

Estado de languidez del sorgo;

Repugnancia de los animales á comerlo;

Desenvolvimiento de síntomas más ó menos temibles en los animales que se deciden á hacer uso de ese alimento;

Estado perfecto de salud en los que absolutamente lo rehusan.

En resumen, de 38 vacas que se decidieron a comer de este sorgo de vegetación débil, ni una escapó á la dolencia y 10 murieron.

En contraposición á estas observaciones hechas en diversos puntos del departamento de Eure-et-Loire, de los Bajos y de los Altos Píreneos, MM. Rousille y Boutet hacen resaltar, cada uno por su parte, innumerables observaciones sobre el consumo en cantidad muy superior á la suministrada á aquellos animales, de sorgo de vegetación floreciente, que jamás ha ocasionado la más ligera molestia, presentándose una sola vez una meteorización, sobre la que la falta de detalles muy esenciales no permite formar juicio.

Las conclusiones de los dos autores son las que todo lector sensato puede suponer después de los hechos observados: ni Monsieur

Rousille, ni Mr. Boutet hablan de parásitos, porque de éstos no se hablaba aún en 1860, época en que escribieron sus Memorias; pero no titubean en atribuir todos los accidentes que han estudiado á la ingerencia de un *sorgo enfermo*, lo que para nosotros es, sobre poco más ó menos, sinónimo de *sorgo parasitado*, si se nos permite la palabra.

Una de las particularidades más interesantes de las observaciones de MM. Baillet y Marret, es la repugnancia que generalmente experimentan los animales hacia las plantas que deben hacerles daño, y si alguna cosa puede sorprender es que la comprobación de esta particularidad no haya fijado más pronto la atención de los observadores, porque el hecho no es de ayer. En un informe voluminoso sobre *la sangre del bazo*, leido en 1869 á la Sociedad Protectora de los Animales, que desgraciadamente no brilla por las cualidades que distinguen á las Memorias de MM. Rousille y Boutet, se encuentran, sin embargo, algunas buenas observaciones, y entre otras, la que ni un solo pastor ha dejado de hacer, y es por esto estéril hasta hoy: «Si en un césped ó en un prado pacen vacas ú otros animales, sujetos á estacas, no tardan en elevarse numerosas manchas, islotes de verdura excitante é intensa, sobre todo en los puntos en que las deposiciones han activado la bonificación del suelo.

» Los animales respetan estos islotes. ¿Contienen principios nocivos? Sin duda, aunque el hombre no alcance á descubrirlos. El carnero llevado á una pradera, cuyos pequeños arbustos se hallen por igual ahumados, no elige ni busca los tallos más tiernos y sabrosos, sino los más altos, porque la planta puede muy bien no estar completamente sana y llevar en sí gémen que matarán los rayos solares.» El autor se sale aquí del prado en que estudiaba para entrar un poco más adelante en el campo de las hipótesis; pero el hecho de las plantas respetadas queda intacto, y debemos añadir que esas plantas respetadas en medio de un prado, y sobre todo de un prado invadido por los parásitos, las mescas y otros insectos, no se observa exclusivamente respecto á lugares extra-ahumados por el influjo de las deposiciones, sino en muchos otros cuyas causas de abandono no se han determinado.

Parécenos probable que cuando todas esas plantas, desdenadas por los animales sean examinadas con ayuda de todos los medios de que hoy disponemos, se descubrirá el secreto de la repugnancia que inspiran, lo mismo que se descubrirá en los forrajes de las montañas perniciosas de la Auvernia, donde vamos á trasladarnos de nuevo con nuestros inteligentes y fieles guías *mémoirs* Baillet y Marret (1).

El celo y la ciencia desplegados por estos honorables investigadores para determinar y describir la flora de las montañas de los alrededores de Allanches, que han dividido en tres regiones, son superiores á todos los elogios; han determinado nada menos que 295 clases repartidas sobre cuarenta montañas y pertenecientes á un considerable número de especies. Por desgracia este inmenso trabajo solo ha conducido á conclusiones negativas, es decir, á la conclusión de que ninguna de las plantas estudiadas podía por sí misma producir el carbunclo. No era posible, á nuestro juicio, llegar á otras conclusiones, y vamos á decir por qué, á fin de qué, si es dado á los honorables comisarios, ó á otros dignos de ellos, continuar las investigaciones que tan bien han comenzado, no se entregan más á trabajos que *a priori* pueden declararse estériles.

No conviene abusar, lo hemos dicho repetidamente, de la analogía y de las deducciones puramente racionales; pero es necesario usarla, porque su uso prudente y meditado nos conduce á la verdad, tanto como los experimentos mismos y las observaciones mejor hechas. ¿Qué nos dice la razón? Nos dice, nos enseña tan seguramente, como el más riguroso de los experimentos, que los animales privados de la experiencia, es decir, de la comparación y de la comprobación reflexiva de los hechos, no tienen otro guía que el instinto para preservarse de las causas de destrucción que los rodean; si este instinto

(1) Si los micrógrafos de profesión quisieran consagrarse al estudio de estas espesuras, así como al de las plantas de las montañas peligrosas una parte del tiempo que consagran á observaciones fatalmente estériles, acaso llegarían á algún descubrimiento de alta importancia para la higiene pública y la economía rural.

les faltase en la elección de los alimentos, es forzoso convenir que ninguna especie animal resistiría á las causas de destrucción que constantemente las amenazan: el instinto que podemos llamar alimenticio, debe ser infalible só pena de resultar de todo punto insuficiente, y de entregarse de seguro cada una de esas especies á una pronta destrucción. Por esto el instinto es lo que debe ser, y se buscaría en vano el ejemplo de que un animal haya comido de buen grado una planta que, por sí misma, resulte un veneno. Es por tanto inútil buscar una ó más plantas de esta clase. Dónde el instinto puede faltar, dónde es casi imposible que no falle, es cuando una planta naturalmente buena para la alimentación, viene á ser alterada por producciones accidentales, y el instinto mismo es en parte embotado por el hambre, y aún en estos casos se ha visto que ha existido un combate interior en el animal ántes de decidirse á consumir alimentos alterados, combate en el que muchas veces el instinto ha triunfado del hambre. Lo que conviene, por tanto, buscar, no son las plantas naturalmente nocivas, sino lo que hace peligrosas y á menudo mortales plantas que, como el *sorgo azucarado*, son naturalmente buenos alimentos.

Una vez recordados estos sólidos principios, apresurémonos á decir que si MM. Baillet y Marret han perdido algún tiempo, la seguridad sobre su buen juicio no ha sufrido nada. Convencidos muy luego de que ninguna planta, incluso aquella de que se había sospechado, y sobre la cual ellos mismos abrigaron un instante dudas (el *Mecum athamanticum* (umbelíferas), podía causar el *mal de la montaña*, no titubearon ni han tardado en acusar como verdadero agente de la enfermedad al parásito de una ó de muchas de las plantas alimenticias que pueblan los prados de las montañas peligrosas. Una circunstancia, que sólo medianamente comprueba esta opinión, circunstancia que los sabios comisarios han mencionado, acaso sin insistir en ella lo bastante, es la de que llama de pronto la atención, cuando se recorren las montañas que se han debido estudiar en los cuatro cantones de la Auvernia, el que faltan casi por completo los árboles. Sólo se ven en los alrededores de las poblaciones y de las mora-

das del hombre; pero en los prados, propiamente dicho, se camina á veces dos horas sin encontrar un árbol ni un arbusto.» (Informe citado, pág. 16.) Todo el mundo sabe que la ausencia de los grandes vegetales es favorable al desenvolvimiento de los *miasmas* (léase *parásitos*) nocivos á los hombres y á los mamíferos, y hé aquí una circunstancia muy favorable á la opinión en que vamos á ver con gusto insistir á hombres tan entendidos como MM. Baillet y Marret.

«Es evidente que en los últimos instantes de la vida, los animales enfermos despiden bacterídeas en sus deposiciones (M. Baillet ha comprobado la existencia de los microzoarios en estas deposiciones) y las diseminan en los pastos, y es cierto también, que el mismo efecto producen los cadáveres. Dado este hecho, no es imposible que esos seres inferiores, así lanzados al mundo exterior, tengan la propiedad de conservarse en ciertas yerbas, de un año á otro; que puedan multiplicarse en condiciones particulares, y penetrar en seguida en la economía de los rumiantes por las vías digestivas ó por cualquiera otro medio. De esta manera, puede explicarse que ciertos pastos sean peligrosos, entanto que otros, que parecen semejantes en las mismas condiciones, no lo sean. Acaso pueda llegarse entonces á demostrar, que la opinión de los habitantes del país que atribuyen el *mal de la montaña* exclusivamente á la *yerba de los prados*, no está por completo desnuda de fundamento.

Si, en efecto, son las bacterídeas diseminadas en las yerbas las que causan la dolencia, debe ser á menudo, como ya lo ha hecho observar el profesor Mr. Lafosse de una manera general con las bacterídeas del carbunclo, con las plantas que comen los animales y son las que penetran en la economía; porque en las circunstancias ordinarias, el *mal* no aparece realmente más que en las bestias que han pastado en la montaña. Hay más, M. Marret, nuestro colega en la comisión, nos ha informado de hechos que dan á esta opinión cierta consistencia y que exigen se la examine con algún cuidado. Como he dicho ántes, muchos propietarios de las montañas peligrosas, desesperando de conseguir engordar vacas sin experimentar pérdidas considerables, han abandonado los pastos, renunciando á llevar

á ellos sus animales. Algunos entre ellos, han recurrido recoger la yerba de estas montañas y transformarla en heno que sólo se ha consumido en el invierno, y no obstante, el *mal de la montaña* se ha declarado muchas veces en los establos mismos en que se alimentaban animales con este heno, y se ha declarado con caractéres exactamente iguales á los que revestía en los prados. Monsieur M. rret me ha referido, á este propósito, el hecho de un propietario que en una misma noche ha perdido hasta siete bestias atacadas del *mal de la montaña*, y este propietario alimentaba durante el invierno su ganado con heno recogido en las montañas peligrosas.

(Se continuará.)

## SECCION AGRÍCOLA.

**Exámen histórico sobre el desarrollo de la Agricultura, con el fin de demostrar lo que han influido la experiencia y el estudio acumulados en el progreso moderno, tendencias y objetivo de este.**

(Conclusion.)

### SEGUNDA PARTE.

*Tendencias y objetivo del progreso agrícola moderno.*

Su aspiración constante es lograr que, bajo el punto de vista fitológico del campo, sea para el agricultor lo que el taller para el industrial. En una fábrica de tejiles, por ejemplo, entra un peso determinado de algodón en rama, y después que ha sufrido las transformaciones convenientes, sale una cantidad de tela que corresponde perfectamente á la de algodón. Es decir, que el industrial crea una verdadera riqueza transformando la primera materia y adaptándola mejor á las necesidades del hombre, sin que esto afecte en lo más ínfimo á los capitales fijos, puesto que la fábrica, las máquinas y todo su inmenso material, queda siempre en pie y dispuesto para nuevas y sucesivas transformaciones.

¿Sucede otro tanto con la agricultura? Muy al contrario, el producto agrícola no procede únicamente del abono, sino que se obtiene casi siempre á expensas de la fertilidad na-

tural del suelo. Así resulta que un hectólitro de trigo no es una cantidad de abono transformado, nó, sino que es un pedazo de nuestro campo. Aquí no hay, por consiguiente, creación de riqueza; el beneficio del agricultor es, en este caso, un beneficio ilusorio.

¿Qué diríais de un industrial, dueño de una vasta fundicion, que creyendo vender el producto del mineral que explota como primera materia de su industria, vendiese fundido el hierro de sus máquinas? Diríais que estaba loco, que su fábrica desaparecería bien pronto, y que él caminaba rápidamente á su ruina. Pues esto es lo que hace el pobre agricultor, sumido en la ignorancia; y es precisamente lo que debemos evitar á toda costa, haciéndole comprender la necesidad de *devolver al campo, bajo la forma de abono, lo que de él se extrae bajo la forma de cosecha*, si quiere conservar íntegro su capital territorial.

Pero esta verdad, para nosotros evidente, porque es el axioma fundamental de la moderna agricultura, constituye un problema cuya solución práctica se presenta erizada de dificultades. De cien kilogramos de cosecha, ¿cuántos proceden del abono, cuántos vienen de la atmósfera, cuántos traen su origen del suelo? La ciencia, señores, emplea procedimientos muy ingeniosos que permiten indudablemente aproximarnos á la verdad, pero no ha dicho todavía su última palabra; hay mucho que investigar, queda mucho por descubrir. Hé aquí, pues, el objetivo del progreso agrícola moderno en cuanto se refiere á la ciencia fitológica, si es que el agricultor ha de elevarse al nivel del industrial.

No basta, señores, encontrar la cantidad; esto sería la primera etapa del progreso agrícola, en cuanto depende de la ciencia fitológica, segun hemos dicho. Hace falta otra cosa además de la cantidad; es preciso determinar el valor, lo cual compete á la ciencia económica.

Si la primera parte del problema presenta dificultades y requiere los mayores esfuerzos de los agrónomos, la segunda se encuentra en el mismo caso. Es cierto que la economía rural descompone, bajo su punto de vista, el producto agrícola en sus diferentes factores, y establece principios generales, para encontrar el valor de cada uno de ellos; pero quedan todavía muchos detalles que estudiar,

puntos importantes que esclarecer. De aquellos cien kilogramos de cosecha, ¿cuánto valen los que proceden del abono y cuánto los que proceden de los elementos del terreno? ¿Era mayor su valor cuando afectaban sus primitivas formas, ó ahora que se nos presentan como cosecha? ¿El agricultor ha ganado ó ha perdido en todas esas transformaciones? ¿De dónde procede su pérdida ó su ganancia? ¿Sabe siempre con exactitud matemática el tanto por ciento de beneficio con relación al capital gastado en cada uno de los distintos ramos de su explotación? Pues todo esto ha de ser objeto del progreso agrícola moderno.

Lo que hemos dicho hasta aquí, se refiere á los intereses particulares del agricultor; pero el punto de vista más elevado y sublime de la agricultura, es el que nos la presenta en sus relaciones con la población. En este terreno está destinado el progreso agrícola á resolver un problema social de primer orden.

En efecto, el ilustre y nunca bien ponderado químico moderno, el baron Liebig, en su grandiosa obra titulada *Las leyes naturales de la Agricultura*, ha probado que el progreso agrícola moderno, con la aplicación de las leyes sublimes de la estática agrícola, asegura la existencia de las naciones, siendo al mismo tiempo la base más sólida de su riqueza y poderío. Todos vosotros conocéis este precioso libro; hojéadlo, meditad bien su contenido y os convencereis conmigo de que, si puede haber alguna exageración al decir que la ignorancia ó el desconocimiento de la ley fundamental de la estática agrícola fué la única causa de la destrucción y ruina de antiguas civilizaciones, en cambio es evidente que la aparición de esta ley en el catálogo de los principios eternos de la ciencia, ó mejor dicho, su estricta observancia por parte del agricultor, imposibilita por completo la reproducción de esos grandes cataclismos que registra la historia. No es esto decir, señores, que han acabado las guerras, nó ciertamente, pues las tenemos tambien como en la antigüedad; sino que son distintos sus resultados.

No volveremos á ver que un país fecundo, exuberante de fertilidad y de vida, aquella tierra de promisión, por ejemplo, de cuyas viñas un sólo racimo hacia necesaria la fuer-

za de dos hombres para llevarlo á cuestas atravesado en un palo, sea conquistada, destruida y desfigurada al extremo de convertirla en una Arabia pétrea ó en un desierto arenal, marcado con el estigma de la esterilidad y de la muerte; que un país tan culto, tan ríco y tan floreciente como la antigua Grecia, emporio del saber, llegue á ser aniquilada hasta el punto á que la vemos reducida, y que su verdugo, la Roma omnipotente, guerrera por instinto, y dominadora del mundo entonces conocido, sufriera á su vez la pena del Talion, siendo devorada por pueblos salvajes que se arrojaron sobre ella, como la fiera se arroja sobre su presa. Es decir, que no se repetirá otra irrupción como la de los Bárbaros del Norte, que borraba todo vestigio de cultura y sin que el trascurso de mil cuatrocientos años haya bastado á levantar de su posesión á las entonces pobladas y fértiles comarcas de Tarragona, Córdoba y las dos Castillas, que con razón eran consideradas como el granero de Roma. El progreso agrícola moderno, por medio de las maravillosas leyes de la estética agrícola, imprime, pues, nuevo carácter á nuestra actual civilización. Terribles luchas hemos presenciado en estos últimos tiempos ensangrentando la península italiana para constituir su unidad; se ha derrumbado como por encanto el imperio de Napoleón III, centro del movimiento civilizador de Europa, á impulsos del formidable ejército prusiano; y el coloso de América, el pueblo de los Estados Unidos, nos ha dado un espectáculo de guerra fraticida, con tales elementos de destrucción, que han sido el asombro del viejo mundo. En todas partes se ha peleado con saña y encarnizamiento, y hemos presenciado escenas de horror que el corazón recuerda con tristeza, y se han cometido grandes iniquidades, grandes injusticias en nombre del derecho y de la legalidad. Pues bien, ¿qué huella quedará dentro de pocos años de todas esas guerras contemporáneas? —¡Apéndas quedará otro recuerdo que el amor patrio ofendido! —¿Ha sido por esto herida de muerte la actual civilización, como sucedía en otros tiempos?

La Toscana, Niza, Saboya, la Alsacia y la Lorena, han sufrido mucho; han sido regadas con sangre y lágrimas de miles de infelices; pero hablando desde el punto de vista que

nosotros estudiamos la cuestión, aunque la mencionando siempre las desgracias personales, los atropellos e injusticias cometidas, ¿hay punto de comparación con los grandes cataclismos de la antigüedad?

Un sólo ejemplo registra la historia contemporánea, sobre el cual llamo vuestra atención. Los mismos Estados Unidos de América, esa nación que es grande en todo hasta en sus vicios y en sus errores, como ha dicho un eminente orador, presenta extensas comarcas que ayer eran fértiles, ricas y pobladas, y hoy son estériles y desiertas. Pero no ha sido el resultado de luchas sangrientas como las del pueblo romano, acostumbrado á vivir del despojo y del saqueo; es la lucha del trabajo pacífico y honrado; es obra de algunas poderosas sociedades, cada una de las cuales constituye un pueblo entero, nómada ó errante, que se instalan en una comarca vírgen para explotarla con todos los recursos de la moderna ciencia agronómica, y abandonarla después que está agotada su fertilidad natural, trasladándose de nuevo á otra región con todo su inmenso material de explotación, inclusas las casas ó habitaciones, menos cuando las abandonan temporalmente y, al volver á ocuparlas, se encuentran con que otro pueblo se ha instalado en ellas, dando lugar á un pleito, según he leído hace algunos días en un periódico. Hé aquí una reminiscencia de aquellas antiguas irrupciones tan temidas por sus fatales consecuencias; sólo que en vez de llevar la destrucción y la muerte á todas partes, aprovecha pacíficamente, y bajo el amparo de la ley, grandes manantiales de riqueza, que sin el auxilio de la ciencia agronómica serían completamente perdidos por falta de población.

Por último, el progreso agrícola, que ha de ser, según hemos dicho, la garantía más sólida y eficaz de la existencia de las naciones y de su riqueza y poderío, está también destinado á resolver otro problema de actualidad: á hacer desaparecer ese malestar general que se experimenta, debido al desarrollo egoista de las industrias manufactureras en perjuicio de la pobre y olvidada agricultura; desarrollo relativamente excesivo, hijo en gran parte del monopolio que ha producido un desequilibrio fatal entre las tres fuentes de la riqueza pública, la agricultura, la in-

dustria y el comercio. ¿No veis á la población rural emigrando en masa hacia las grandes capitales y Ultramar, dejando huérfana de brazos á la pobre agricultura? Pues este es un síntoma muy grave que revela un vicio orgánico de nuestra sociedad; vicio que sólo puede corregir el progreso agrícola moderno, restableciendo el equilibrio perdido.

El Instituto Agrícola Catalán de San Isidro ha sido el primero que ha puesto el dedo en la llaga. Con un celo que le honra, procura remediar el mal por todos los medios que están á su alcance; y hace pocos días ha pedido al Gobierno que influya con las empresas de ferro-carriles, á fin de que lleven á los trabajadores de una provincia á otra á precios reducidos. Esto es muy laudable, y su conducta es digna de tener imitadores; pero, señores, esto no basta todavía, porque esto no es más que un paliativo; el mal es más profundo, y el remedio tiene que ser más radical. No es solamente en Cataluña donde suben los jornales, sino relativamente en todas las provincias de España, si bien que allí se hace más sensible, porque la industria manufacturera ha tomado mayor desarrollo que en otras partes. Es que el agricultor no puede competir con el industrial en la cuestión de los salarios; es que bajo el punto de vista de la producción agrícola, atravesamos una época anormal, estamos en el tránsito de la agricultura antigua á la moderna; y nuestro país, muy atrasado por desgracia, siente con más intensidad esta terrible sacudida, porque puesto en contacto por las vías de comunicación con las naciones más cultas de Europa, experimenta las necesidades de la presente civilización y carece de los medios de satisfacerlas; en una palabra, es que la agricultura antigua, que es la que predomina en casi todas las provincias de España, no corresponde á nuestra nueva situación económica.

Por esto decíamos que el progreso agrícola moderno está destinado á resolver un verdadero problema social, convencidos de que los intereses de las tres fuentes de la riqueza pública son perfectamente solidarios.

Y no es esta, señores, una opinión particular mía, no; dicha solidaridad está reconocida también por el eminentísimo químico el sabio ba-

ron de Liebig; y vienen también en nuestro apoyo otros muchos.

El primer agrónomo que ha tenido Europa, el padre de la agricultura moderna, el ilustre conde de Gasparin, cuando dice que «Los sistemas de cultivo son á la vez un efecto y una indicación del estado social de un país; á medida que la civilización adelanta y crece la población, los sistemas de cultivo tienden á encerrarse en los límites que la naturaleza del suelo determina.»

Don Eduard Lecouteux, el infatigable redactor en jefe del *Journal d'Agriculture pratique*, el periódico agrícola de más circulación en Europa, que cree que «La mejora del suelo no es solamente una cuestión agrícola, es una cuestión de prosperidad manufacturera y comercial, porque es en gran parte la solución de la cuestión de subsistencias.» Y por último, el insigne profesor de Leipzig, Guillermo Roscher, que ha demostrado hasta la evidencia que «á todo cambio en el desarrollo de la civilización corresponde un modo especial de cultivo.»

Así lo han comprendido, además, la mayor parte de las naciones, que parecen en estos últimos años animadas de una actividad vertiginosa á favor de las mejoras del campo. Prusia, la primera que fundó y generalizó las Escuelas agrícolas y los Bancos territoriales, atribuye al progreso de su agricultura el éxito principal de sus campañas, donde desplegó un desarollo de fuerzas y una virilidad que han asombrado al mundo: Francia cree que no hubiera podido pagar la enorme indemnización de guerra; y Austria, que no se hubiera rehecho tan pronto de sus descalabros.

Por esto la agricultura es el objeto preferente de su atención, valiéndose de todos los medios para impulsar rápidamente su desarrollo. Por esto Viena y París, á imitación de Alemania, acaban de fundar dos grandes centros de enseñanza agrícola superior, á la altura de los últimos adelantos. En nuestro país, tan trabajado por las discordias civiles, se ha iniciado también un vigoroso movimiento en este sentido, que bien encaminado puede ser de fecundos resultados para el porvenir. Ya veis, señores, si podemos decir con razón, al terminar nuestra conferencia, que el progreso agrícola moderno trae una

mision esencialmente civilizadora, que viene á llenar un alto fin social.

He dicho.

## MISCELÁNEA.

### De la fuschina.

La importancia que tiene este asunto para los cosecheros de vinos, que de buena fé presentan en el mercado su producto sin adulteraciones perniciosas, y aún siu aquellas que siendo inofensivas para la salud pública revelan una falta de lealtad en las transacciones mercantiles, que á nadie en definitiva perjudica tanto como al que la practica y tiene por sistema, para obtener un mayor lucro que muy pronto se convierte en descrédito justificado y natural perdida de sus intereses, nos obliga á trascibir en este lugar preferente de nuestro periódico la Real orden que á propósito de este trascendental abuso acaba de expedirse por el Ministerio de la Gobernacion.

Dice lo siguiente:

«La gravedad que va adquiriendo el pernicioso abuso en el empleo de la *fuschina* para la artificial coloracion de los vinos, acarreando el descrédito del más importante ramo de nuestra agricultura, perjudicando notablemente al productor de buena fé, en cuyo daño viene á refluir, amenazando á la vez y viéndose en constante peligro la salud de los consumidores, preocupa la opinión pública ya alarmada, y ha llamado seriamente la atención del gobierno, el cual si bien ha tomado medidas que ha juzgado convenientes para corregir dicho abuso, considera, sin embargo, atendida la extensión que hoy alcanza, que ha llegado el caso de adoptar determinaciones más enérgicas para evitar en lo sucesivo su reproducción y salvar intereses tan respetables como tan reprobada práctica compromete.

»Por lo tanto, y de conformidad con lo propuesto por el Ministro de Hacienda é informe emitido por el de Fomento, y sin perjuicio de continuar comunicando á V. S. oportunamente la serie de medidas que, á más de las ya adoptadas, sea procedente establecer al objeto indicado, S. M. el Rey (Q. D. G.) ha tenido á bien disponer se signifique á V. S.

la necesidad de que con toda urgencia dicte las órdenes oportunas á las autoridades y funcionarios dependientes de su digno mando, para que en su esfera respectiva se ejerza la más activa vigilancia sobre los vinos que se expendan al público y los que se expidan á otras provincias y al extranjero; y que reconocida su adulteración por la *fuschina*, sustancia nociva y perjudicial á la salud, y como hecho sujeto á la sanción de la ley penal, y previsto en el art. 556 del Código, se prevenga á V. S. que tan luego como descubra ó tenga conocimiento de haberse cometido dicho delito, lo denuncie á los tribunales ordinarios, á quienes compete su persecución y castigo, facilitándoles cuantos datos puedan contribuir al esclarecimiento del hecho, sin perjuicio de prestar tambien todo el auxilio necesario á las administraciones de aduanas, las que por el Ministerio de Hacienda recibirán las oportunas instrucciones para que se cumplan en la parte que les corresponda.

»De Real orden lo digo á V. S. para su más exacto cumplimiento. Dios guarde á V. S. muchos años. Madrid 22 de Febrero de 1879.

—Romero Robledo.—Sr. Gobernador de la provincia de....»

No podia menos de ser así, y esperamos que la precedente disposición produzca los resultados que todas las personas rectas y honradas apetecen. Los poderes públicos no pueden permanecer indiferentes ante hechos de la magnitud del que se manda perseguir, que son en el interior un peligro permanente para la salud pública, y en el exterior un motivo de descrédito para la más importante de nuestras industrias, una causa de dudas sobre nuestra lealtad mercantil, que ofende hasta la dignidad de la nación, y un gravísimo peligro para la más valiosa de nuestras exportaciones.

Aconsejamos á nuestros lectores, y á cuantos más ó menos directamente tienen interés en este asunto, que por su parte auxilien en lo que les toca las justas disposiciones de los poderes públicos, pues no es cosa de que todos corramos peligros y suframos daños morales ó materiales porque unos cuantos agiotistas sin pudor y sin conciencia pretendan enriquecerse muy luego, áun causando graves males; y para que puedan apercibirse contra este dañoso abuso, les recomendamos

el modo de reconocer la existencia de la *fuschina*, que apareció en el lugar correspondiente del número anterior.

Las reclamaciones hechas solemnemente en la Cámara portuguesa contra la introducción de vinos españoles, porque contenían *fuschina* como materia colorante; las medidas adoptadas en Marsella y otros puntos, y las quejas que hemos leido en diferentes periódicos extranjeros, no pueden reproducirse si quiera sea sólo por un interés de decoro patrio.

**El señor Delegado régio, Director de la Escuela de Veterinaria, nos remite para su publicacion la siguiente noticia:**

«En el Cláustro de profesores de la Escuela de Veterinaria celebrado el sábado 15 del actual bajo la presidencia del Delegado régio, se tomaron, entre otras, las siguientes medidas:

Reformar el orden de contabilidad, dando reglas para hacer los gastos.

Adquirir tres reses lanares, una merina, otra churra y otra rasa, y someterlas á un mismo régimen de alimentacion en la Escuela, para apreciar su respectivo desarrollo y deducir consecuencias económicas sobre su cria en estabulacion, comparando el gasto y los productos.

Tambien se ha dado cuenta de haber empezado las visitas á los mataderos los alumnos de tercer año, con la presencia del señor Lopez Martinez y bajo la dirección del sustituto D. Leandro de Blas y Rodriguez.

El profesor explica las lesiones orgánicas que aparecen en las canales, y hace observaciones con el microscopio.»

**Noticias sobre las triquinas.** — Las prensas de los Hijos de Rodriguez, reputados impresores y libreros de Valladolid, acaban de dar á luz, con el título que sirve de epígrafe á estas líneas, un libro curiosísimo y altamente útil, debido á la pluma del ilustrado doctor D. Leon Corral y Maestro.

Acabamos de recibirlo, y sólo hemos tenido tiempo para hojearlo, pero de su rápido examen resulta que es un estudio concienzudo y metódico de este parásito, de la manera de obrar y desenvolverse que tiene su sistema de propagacion, la rapidez con que la realiza y los daños que causa, con noticias muy

apreciables sobre la historia de su descubrimiento, observaciones á que se ha sometido, medios fáciles al hombre de evitarla; y que le produzca, adquiriéndola del cerdo, los terribles efectos de que por desgracia tenemos recientes ejemplares.

Es un libro de tan correcta forma como importante fondo, que no titubeamos en recomendar á nuestros lectores.

**Errata notable.** — En la página 14 de nuestro número anterior, columna 1.<sup>a</sup>, la firma del comunicado que allí concluye, dice: *Antonio Tellez*, y debe decir *Antonio Tallon*.

#### CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA

DE LA

#### GACETA MÉDICO-VETERINARIA.

Sres. D. S. del A.—Anchuelo.—Recibimos de usted el importe de su suscripción por un trimestre que vence en 28 de Mayo de 1879.

- » J. R. G.—Jumilla.—Idem id. por idem id. id.
- » E. S.—Grijon.—Idem id. por idem idem id.
- » P. L.—Bádenas.—Idem id. por idem idem id.
- » A. G. y S.—San Pedro del Pinatar.—Idem id. por idem id. id.
- » A. R.—Jaen.—Idem id. por idem idem id.
- » R. S. de B.—Cáluuento.—Idem idem id. por idem id. id.
- » N. C.—Grávalos.—Idem id. por idem id. id.
- » F. de V.—La Guardia.—Idem id. por idem id. id.
- » J. P. V.—Aldóver.—Idem id. por idem id. id.
- » J. B. y R.—Valle de la Serena.—Idem idem por idem id. id.
- » A. I.—Leon.—Idem id. por idem idem id.
- » F. C.—Ciria.—Idem id. por idem idem id.
- » A. G. V.—Montemolin.—Idem idem por idem que venció en 28 de Febrero de 1879.
- » J. A. J.—Lorca.—Idem id. por idem idem id.

- » G. N.—Villa del Prado.—Idem idem por idem id. id.
- » J. F. de C. y C.—Jimena.—Idem idem por idem id. id.
- » J. M. M.—Torrevieja.—Idem id. por idem id. id.
- » D. S.—Rellen.—Idem id. por un se mestre que vence en 28 de Agosto de 1879.
- » R. M. H.—Mozoncillo.—Idem id. por idem id. id.
- » Z. C.—Mérida.—Idem id. por idem id. id.
- » F. T. S.—Novallas.—Idem id. por idem id. id.
- » J. C.—Astorga.—Idem id. por idem que vence en 28 de Mayo de 1879.
- » M. B.—Candasnos.—Idem id. por idem id. id.
- » M. J.—Yuncos.—Idem id. por idem id.

## SECCION DE ANUNCIOS.

### TOPICO ESPECIAL DE TOLEDO. preparado exclusivo del farmacéutico

F. Toledo Yerto.

Voxicante-resolutivo, el más eficaz de los conocidos hasta el dia; además de llenar siempre y con éxito seguro el fin terapéutico de sus indicaciones, hace aparecer las fletañas en una hora, cual ningun otro, no dando por resultado su uso marcar la piel ni destruir el bulbo piloso.

Se viene usando con infalible éxito (según lo acreditan las certificaciones que diariamente recibimos de acreditados Profesores de Veterinaria, las que muy pronto verán la luz pública para que sirvan de garantía) en las anginas, artritis, alifases, esguinces, rosetis, esparvanes, infusura, sobretendnoso, sobremanos, quistes serosos, reumatismo pulmonia, parálisis, en una palabra, en todos aquellos casos que exijan un voxicante energético instantáneo, á la vez que un resolutivo radical.

Puntos de venta.—Se expende á 10 y 12 reales frasco en las Farmacias siguientes: Fernandez Izquierdo, Pontejos, 6, Madrid; Grajera, Montijo; Ginestal, Guareña; Camargo, Arroyo del Puerco; Dominguez, Villalba de los Barros; Vaca Llerena y otras muchas.

Los pedidos al por mayor se dirijirán á su autor, ( Farmacia de Yerto, Puebla de la Calzada (Badajoz.)

## NOTICIAS SOBRE LAS TRIQUINAS y medios para evitar su propagación, CON GRABADOS INTERCALADOS EN EL TEXTO Y UNA LÁMINA ILUMINADA, por el doctor D. Leon Corral y Maestro.

Este interesante opúsculo, escrito según los últimos adelantos de la Helmintología, con presencia de las mejores monografías y á vista de excelentes preparados microscópicos, suministra, en una forma sucinta, abundancia de datos acerca de estos nocivos parásitos; estudia su organización, su vida, los accidentes que producen en la especie humana, sus causas, los medios más efficaces para prevenir su trasmisión y, en una palabra, cuantas cuestiones de interés ha suscitado sobre el particular.

Forma un elegante folleto de unas 100 páginas en 8.<sup>o</sup> francés, y se vende al precio de **dos pesetas** en las principales librerías del reino.

Los pedidos que se hagan al autor (*Herradores, 14, Valladolid*), incluyendo el pago, serán servidos frances de porte á vuelta de correo; y si el pedido excediese de **diez ejemplares** se hará una rebaja de 25 por 100.

## TRATADOS

### De Policia Sanitaria Veterinaria bajo el punto de vista de la infección y el contagio en general, y de los medios desinfectantes en particular.

por  
D. MARIANO MONDRIA,  
Catedrático de número y Secretario de la Escuela  
especial de Veterinaria de Zaragoza.

Esta obra se halla examinada y favorablemente informada por la Real Academia de Medicina de Madrid, y va acompañada de varias disposiciones vigentes en el ejercicio de la profesión, como son: el Reglamento para las Subdelegaciones de Sanidad de la Nación; el de Inspección de carnes con su correspondiente tarifa; la de los honorarios que pueden exigir los profesores en los diferentes casos de su práctica y otras no menos importantes.

Consta de 240 páginas en 4.<sup>o</sup>, impresas en tipos muy claros y papel superior.

Se halla de venta, al precio de 18 rs., en la casa del autor.

## ADVERTENCIA.

Rogamos á los Sres. suscriptores de este periódico que se hallan en descubierto con nuestra administración, se sirvan remitirnos el importe de sus adeudos, teniendo en cuenta que, de no hacerlo así, nos ocasionan graves perjuicios y perturban por completo el buen orden de nuestra contabilidad.

Imprenta de EL MUNDO POLÍTICO,  
Espíritu Santo, 35 triplicado, bajo.